

rico, realizado con la interpretación de un *Idealtypus*, le permite dar con una criatura engendrada en la edad moderna, criatura alentada por la expansión espiritual del renacimiento italiano. Sombart define una individualidad histórica y con ella avanza rebasando los límites de la historia institucional (con sus regímenes jurídicos, políticos y económicos) y enfoca las nuevas aportaciones del hombre en el comportamiento de aquella sociedad en la esfera económica; puntualiza el cambio de situaciones introducido con el advenimiento del capitalismo, las conquistas de la cultura y la transformación de la técnica. Su historia, engarzada en la teoría, es una historia sociológica, distante del sociologismo de Schmoller (de cepa positivista), da preeminencia a factores espirituales y en esto —como dije— sigue a Max Weber, aunque elija otros modelos en la génesis del capitalismo. Le interesa también husmear el rastro del credo religioso en la vida económica (*Die Juden und das Wirtschaftsleben*) pero sus pasos, en campo muy circunscrito, quedan lejos de los inmensos confines trillados, con sabiduría, por Max Weber. Destaca Sombart, sin rebasar el arco de los pueblos de Europa, en primer lugar, la acción creadora de la cultura en las conquistas tecnológicas, y dentro de la intrincada red de correlaciones sociales, disecciona la trama de las «fuerzas productivas», con otras pretensiones que Carlos Marx. No atribuye primacía a la técnica. Así como acabo de señalar el eco de Max Weber, no hace valer, en cambio, en la vida económica, el papel de los ascetas puritanos, luteranos y calvinistas, secuaces del dogma de la predestinación, eso que estos credos esperan de la gracia con su actitud tensa en la lucha cotidiana, lejos de la vida contemplativa y sin el concurso de las «buenas obras». Una de las aspiraciones originales de Sombart le lleva a identificar a los protagonistas del capitalismo moderno, en su fase precoz, insinuándose en el espíritu que les anima, su *kapitalistische Geist*. En él examina dos afanes: uno le revela el modo de pensar y de querer peculiar de la burguesía urbana, cuando alcanzaba importancia su presencia, como clase social, hacia el final de la edad moderna. Su papel iba tomando relieve con sus costumbres tradicionales (laboriosidad, cumplimiento de la palabra dada, parsimonia) a medida que también se perfeccionaba la técnica de producción de bienes y prestación de servicios, entre ellos los propios de un comportamiento racionalizado en planes previstos, cuyo desenlace comprobaría una contabilidad depurada, freno y acicate del lucro.

Las reservas reticentes de los colegas ante el librito estaban tan infundadas como las ilusiones de los socialdemócratas. El marxismo de Sombart no podía ser más tibio. Su trayectoria en los últimos años alemanes lo certifica.

Bien se ve que Sombart acoge una versión difundida pero, además de lo antedicho, exalta otro impulso generador del capitalismo moderno y al hacerlo pone de manifiesto su devoción por el Renacimiento, una vez más. Mientras Max Weber tiene presente la influencia de la Reforma, la novedad de Sombart destaca —utilizando fuentes italianas, por cierto, exclusivamente impresas— la imagen del mundo que flota en la retina del hombre renacentista. El germen más fecundo del capitalismo lo propagarían los inventores, los descubridores del Nuevo Mundo, los conquistadores, los aventureros emprendedores, animados de la sed de liberación y el afán de inmortalidad. El espíritu que les impulsa, el *Faustensgeist*, Sombart lo sustancia y lo bautiza recurriendo a otras fuentes. Construye de esta manera una hipóstasis poetizando, perdiendo de vista la realidad histórica, en aquel momento. Así la juzga Otto Hintze, reprobándola, con estas

palabras: «En resumen una abreviatura retórica, ciertamente muy impresionante, muy plástica y muy característica... pero no se debe sustancializar o personificar así un sistema de relaciones sociales y psíquicas tan complicado».

Puesto que estoy narrando recuerdos propios confesaré que Regino, mientras escuchaba a Sombart, no podía presentir que a semejante construcción le faltaran cimientos; no tenía Regino desarrollado el espíritu crítico: le fascinaba el aliento romántico de la versión de Sombart; se encontraba —con la mayoría del auditorio— en pleno *Sturm und Drang*. Recuerdo también que observando a Sombart, durante algunas entrevistas, desde que le hice entrega de la carta de Tugan-Baranowski, me pareció hombre frío, reservado, desdeñoso, displicente; pero en sus lecciones —era su dicción esmeradísima, con algún puntillo de afectación y su estilo didáctico muy accesible— nos gustaba sobremanera; acaso más que a otros, a los estudiantes de países mediterráneos. La voz y la letra de Sombart nos facilitaba la tarea; disfrutábamos con su predilección por vocablos del léxico latino o con sus desinencias que suavizaban la aspereza de otras palabras alemanas en nuestro oído.

Sombart alcanzó pronto cotización en medios extrauniversitarios; sonaba mucho su nombre en círculos disidentes, entre políticos y artistas, especialmente entre los literatos. Antes que las de Weber se tradujeron obras suyas al francés y al castellano. La misma preterición que Weber sufrieron, en países vecinos pero no en España, libros de Stammler, de Meinecke y de Trölsch, por ejemplo. Explíquelo quien lo entienda.

En un año más próximo a nuestros días, creo que el 1932, la Facultad de Derecho de Madrid invitó a Sombart para que diera un par de conferencias. Tuve entonces ocasión de verle y escucharle. Estaba visiblemente envejecido; repitió, claro está, doctrinas que quienes le conocíamos ya le habíamos oído, en su propia lengua; le presentó Flores de Lemus. Con mi maestro español y con Agustín Viñuales le acompañé en dos excursiones, a Toledo y a El Escorial. No puedo decir que sintiera gran interés ante aquellas maravillas a diferencia de su esposa, dama rumana amabilísima y muy inteligente. La excursión a Toledo despertaría a Sombart, a la hora del almuerzo, en la venta de Aires, tan voraz apetito que el ventero, contento y agradecido, se negó a cobrar la cuenta: «No recuerdo —declaró— otro comensal que haya acreditado tanto mi cocina». Sombart, que entretanto, a instancia propia, dormía la siesta en la alcoba de los dueños de aquella casa, había comido dos perdices y unas lonchas de jamón, con tomate.

No tuve la suerte de escuchar lecciones de Max Weber, por quien los universitarios sentían predilección ya en 1911, predilección acrecentada antes de su muerte (1920). La actividad docente de Weber durante varios años (en Heidelberg estuvo hasta 1903) fue intermitente por su deficiente salud. Así ocurría cuando en 1912 Regino lo buscaba, y tampoco lo encontraría en Munich, puesto que se lloraba su muerte. En Friburgo (1921-1923) estudiantes y profesores pronunciaban con veneración su nombre. Su obra brillaba en el firmamento de las ciencias humanas. En los primeros años de mi estancia era difícil dar con las piezas dispersas de su producción, en revistas y publicaciones colectivas. Desde 1921 ya estaban reunidas y, naturalmente, acrecentadas. En 1911 diríase que Weber era el perfecto *homme introuvable*, buscado sin cesar por sus admiradores. Leyéndole con el detenimiento que piden sus temas y su estilo (muy distinto del de Jorge Federico Knapp) se pueden aprender muchas cosas, y el lector atento conven-

cerse de que sabiendo todo lo que Max Weber escribe sobre derecho, economía, religión, historia, filosofía, etc. rinde extraordinarios frutos el método sociológico. ¿Es acaso —me pregunta Regino— la sociología otra cosa que un método? Esta pregunta, que puede sorprender a muchos, la formulo teniendo a la vista el párrafo de un libro de Jorge von Below (*Die deutsche Geschichtschreibung*, Berlín, 1924, p. 146), que dice así:

La pretensión de quienes ven en la sociología una ciencia particular la rechazo invocando —por lo demás— los mismos argumentos que he aducido en contra de quienes, también, aspiran a construir la historia de la cultura como disciplina dialéctica hecha y derecha, y piden cátedras para ella. En cambio siempre he reconocido el valor de las consideraciones sociológicas en cuanto método. De la sociología se obtienen cosas serias siempre que se fundamentan en alguna de las viejas disciplinas, y otro tanto ocurre con la historia de la cultura, por eso debemos grandes realizaciones sociológicas a representantes de diversas ciencias; pero si no está ligada a otra ciencia, la sociología flota en el aire. La sociología, si no encarna sustancia de una disciplina particular, es algo así como un muñeco fanfarrón, una cosa vacía carente de base, mera charlatanería o, si se quiere, puesto como se ve, incluso los fanfarrones aspiran a ser especialistas, «un instituto que otorga disfraces verbales». [Las palabras entrecomilladas son de A. Dove, *Wortmaskenverleihinstitut*.]

Numerosos autores y devotos de la sociología rechazarán estas palabras que terminan con vocablos desdeñosos. Regino, indigno discípulo de von Below, tal vez por ser un superviviente *démodé*, acata y comparte la opinión de su maestro.

Una de las grandes autoridades alemanas en ciencias humanas, Hintze, observa que el desarrollo de los estudios de sociología encontró suelo muy fecundo en la economía política y anota, además, que esta doctrina social ha brotado en gran parte con debates promovidos frente al marxismo, por eso los autores estudiaron a fondo la contextura económica de la sociedad. Invoco el caso, como el mismo Hintze, puesto que Max Weber —cuya talla rebasa la de cualquier sociólogo, sobre firmes puntos de apoyo— dedica especial atención a los temas humanos y sociales propios de la vida económica de cada tiempo, y Hintze termina afirmando que el trabajo mental de Max Weber acusa profunda influencia de Marx, *auch ohne dass ausdruecklich davon die Rede ist*. Este juicio sería aplicable a no pocos economistas profesores alemanes, Sombart entre ellos.

He aquí, con aquellas horas berlinesas de estudio (1911) algunas de recreo. En mis paseos (siempre fue Regino gran caminante) me acompañaba el doctor Katayama, gran trabajador, como tantos paisanos suyos japoneses que, según se contaba, no prescindían de copiar cuantos libros alemanes manejaban. Atravesábamos el Tiergarten, hacia Charlotemburgo, una tarde tibia de otoño discretamente soleada con rayos de paja. Evocaba mi interlocutor su archipiélago nativo, y conseguía poner en el ritmo de su voz cantarina el acento grave de un alemán irreprochable. Sonriente se detuvo un momento y me abrió su corazón nostálgico con esta declaración imprevisible: «... y es que al sentirme ahora tan a gusto descubro que usted, español, como yo, asiático, somos meridionales». Entre otros compañeros de mesa, en una pensión de la Chamiso Strasse, teníamos uno georgiano, estudiante de lingüística y de música, sumamente ingenioso e inspirado: de buena presencia, envidiable memoria y muy propenso a la haraganería. Había corrido Sergio Ivanovich Yanenko casi medio mundo, dominaba idiomas y literaturas. Recuerdo que otro día nos proponíamos el georgiano, una ucraniana estudiante de canto, bellísima, y yo, escuchar un concierto. Mientras se acercaba la hora, para